

HIJOS

Hemos pasado media vida dominados por nuestros padres y ahora pasamos la otra mitad dominados por nuestros hijos. Somos la generación de los gilipollas que es la peor.

Nuestros padre nos enseñaron a tenerlo todo ordenado en cada, trasnochar poco y ser personas de provecho. No sabíamos exactamente qué era eso del provecho, pero no obstante nos esforzábamos en conseguirlo.

Luego ha resultado que nuestros hijos, que no son tontos, vieron alrededor el desconcierto actual que hemos sembrado en el intento de alcanzar metas imposibles. Y se han limitado muy sabiamente a ponerlo todo patas arriba. Detestan el orden, se acuestan al amanecer y ni siquiera se plantean la cuestión de ser persona de provecho.

Estos hijos, la mitad de matrimonios separados, saben cómo nadar y guardar la ropa. De buena mañana, es decir, a partir de las dos de la tarde se aplican los microaltavoces al tímpano y deambulan por el llamado hogar con la boca amarga de la copa nocturna. Si suena el teléfono no lo oyen. Si alguien llama a la puerta no se enteran. Si se rompe una cañería no advierten que el agua invade la vivienda. Mientras el nivel no llegue al equipo de alta fidelidad, aquí no pasa nada.

Muchos tocan instrumentos musicales, especialmente la guitarra eléctrica o la batería. Tocar es un decir. Imitan los ruidos de las grandes figuras sin cobrar por la insufrible actuación.

Cuando cogen el coche, lo dejan sin gota de combustible, con una multa en el parabrisas y un revuelto de casetes y accesorios acústicos en el interior. Sus habitaciones son de ensueño. Los posters de sus ídolos llenan las paredes de contorsiones excéntricas. La ropa íntima y el atuendo tejano se apilan a los pies de la cama,

Y cuando dices algo dudando si debes decirlo, te paran en seco con mucho amor: “Tranqui, tranqui, que así te dará un infarto”.

Ignacio Carrión